

Las sardinas cuentan

**Rompiendo el silencio.
Relatos de nuevas escritoras
colombianas**

Varias autoras

Planeta, Bogotá, 2002, 173 págs.

Catorce escritoras jóvenes, nacidas entre 1969 y 1979, nos presentan sus trabajos. Antes de comenzar a leerlas, me pregunto si son conscientes de la tradición que las respalda. Porque, créase o no, soy un feminista de la vieja guardia. De los que no hacen distinciones entre prosa y poesía, ya que la prosa revulsiva es siempre poesía sometida a la más alta tensión.



De ahí que nombres estelares de nuestra tradición lírica latinoamericana: Delmira Agustini, Gabriela Mistral, Juana de Ibarborou, Alfonsina Storni, se ramifiquen y enriquezcan a nuestras grandes memorialistas, caso de Victoria Ocampo, o a nuestras sutiles novelistas, caso de Teresa de la Parra. No están de moda: son simplemente perdurables.

Ahora sabemos también cuánto debe Juan Rulfo a María Luisa Bombal: fue ella, en *La amortajada* (1937), quien le enseñó a hablar con los muertos. Del mismo modo que la atenta lectura que Gabriel García Márquez hizo de *Los recuerdos del porvenir* (1963) de Elena Garro muestra cómo la historia del pueblo de Ixtepec, con sus memorias y sus olvidos, sus fusilamientos y sus amores, contribuye a abrir las esclusas para que fluya desbordada *Cien años de soledad*.

Y del gozoso trío que conforman Borges, Bioy y Silvina Ocampo ¿no es acaso ella la más inquietante y perturbadora, en esas *nouvelles* donde la crueldad de la infancia y el humor más escalofriante nos brindan joyas sombrías, cuya lectura desconcierta?: *Autobiografía de Irene* (1948), *La furia* (1959), *Las invitadas* (1961), *Cornelia frente al espejo* (1988).

Cuando como jurado del premio Rómulo Gallegos, en Caracas, incliné la balanza a favor de Ángeles Mastretta y su *Mal de amores* (1996), pensaba en todas ellas. En aquello que un Freud machista llamaba "el continente negro" y donde, de Elisa Mujica a Zoé Valdes, y de Nérida Piñón a Elena Poniatowska, asomaba simplemente la *otra* verdad soslayada. La verdad de la historia política de nuestro tiempo recobrada en *Tinísima* (1992), epitafio conturbador del fracaso del comunismo stalinista, o la carnicera represión en el cono sur de América que Marta Traba, Luisa Valenzuela o Diamela Eltit denunciaron mucho antes que el juez español Baltasar Garzón.

A todos nos alegra que haya un nuevo *boom* de mujeres escritoras: Isabel Allende, Laura Restrepo, Marcela Serrano, Vlady Kociancich. Eso es lo bueno de cualquier *boom*: nos obliga a pensar en las voces secretas que conforman el entramado básico de nuestras letras, y a imaginar como será retomada esa herencia, en las plumas (o los computadores) nuevos

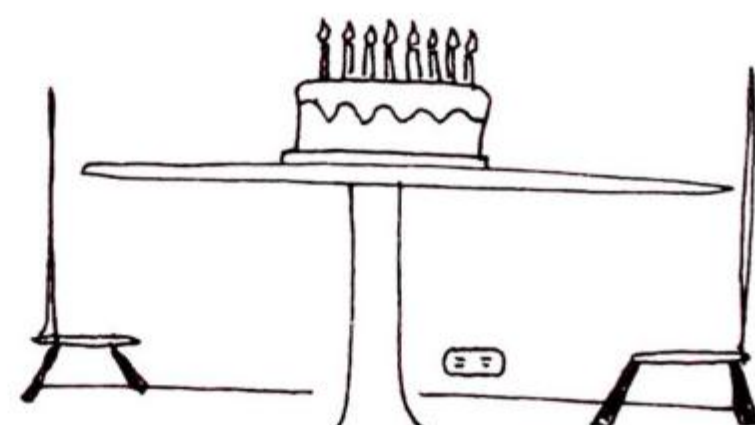
Catorce escritoras jóvenes, nacidas entre 1969 y 1979. En primer lugar, ellas nos sugieren un nuevo tono vital. El de unas mujeres más autónomas, que viajan por el mundo: España, Londres, la Toscana, Múnich. Encuentran allí soledad, misterio, sexo. Historias para contarse a sí mismas.

Por ello María Castilla pondrá desafiante su pasaporte colombiano sobre la mesa:

Por si las moscas, por si alguien desea imaginarse que preferiría pasar inadvertida, que ser colombiana es padecer una horrible y

contagiosa enfermedad, un dibujo inconfundible que señala la existencia de material inestable y radiactivo, demasiado hipersensible para los recelos, para los intercambios sospechosos de miradas.

No le temen a ser lo que son. Mujeres aisladas que imaginan, sueñan, desvarían. Como en el caso de Olga Martínez y ese *Encuentro con el asombro*, donde Margot y Margarita, que viene de lejos, son y no son la misma. Cambian las letras de las cartas que leen, para engañar la soledad de aquellas con quien conviven laboralmente. Ven pasar asesinos por la ventana. Se hacen adoptar y nacen de nuevo. Con una voz escuchada en la radio alzan el vuelo, para fabular una historia más, como Carolina Sanín, o, con *Amputaciones* de Ruth Rivas, frenan en seco, ante un cáncer que avanza, un seno que se extirpa, el amor devorado por la muerte de esa otra mujer a quien ama.



Su imaginación brinca a veces pero no se concreta. Convince, hasta cierto punto, pero luego cae a tierra, dispersa. Logran, es cierto, muy cabales atmósferas, como en el ceñido relato con que Mercedes Guhl, en el auditorio de la Universidad Nacional, en Bogotá, nos brinda las paradójicas perplejidades de un autor de ciencia ficción norteamericano, custodiado por los gendarmes de su embajada.

Tratan de atrapar, en la risa de un joven, la sombra del padre, pero éstos ya no son tan rotundos, absorbentes y totalitarios, como se erigían antes. Parecen más bien cómplices desconcertados.

Como lo muestra Pilar Gutiérrez, a través de la figura del muy logrado gordo José Tomás, es más bien la

madre la que empuña las riendas. La que prolonga el machismo. La que parece comprender y amar tanto a sus hijos que sólo le arruinan la vida. Al final, cómo no, luego de la muerte del hijo, fatuo y provocador “y sin limitaciones de mamá me doy permiso para ir al cine, de salir a almorzar con mis amigas y de oír los boleros que más me gustan, acompañados con unas copas de vino”.

Curiosamente los relatos ambientados en el extranjero juegan con la imaginación sustitutiva, mientras los ambientados en Colombia —el de Beatriz Mendoza sobre una niña brutalmente profanada por un jardinero sucio; el muy gracioso de Liliana Rico sobre una madre de seis hijos y 59 años que termina chiflada de amor por el presentador televisual José Antonio Vargas— ahondan con garra en el desvarío en que malvivimos. Cuán poco nos vemos. Qué poco sabemos del otro. Así este libro vuelve a abrirnos preguntas incómodas. Y a recrearla con incipiente pero valiosa calidad literaria.

JUAN GUSTAVO
COBO BORDA

Moreno-Durán asegura que la ironía lo ha librado de los estragos de la solemnidad

La suerte contraria y otros cuentos

R. H. Moreno-Durán

Norma, Bogotá, 2002, 216 páginas.

Durante una conferencia dictada en la mesa redonda *El oficio de escribir* en la Universidad Javeriana, en mayo de 1995, Moreno-Durán asegura que la ironía lo ha librado de los estragos de la solemnidad; es decir, de la gran pompa o ceremonia con la que algunos escritores procuran aparentar su importancia, impresionando de paso a través de un

tono grave. Moreno-Durán intenta mejor usar una manera satírica y velada en su decir, como es el caso de *La suerte contraria y otros cuentos*, un libro que reúne los relatos publicados entre 1986 y 1995 y que a su vez están divididos en *Metropolitanas* y *Cartas en el asunto*.

Para el autor, decir ironía es referirse al juego de la desmitificación, que es, a su vez, la superación de la persistente ceguera del discursar cotidiano, donde ponemos en evidencia sus inesperados pliegues y vertientes, sus incertidumbres e incongruencias, de acuerdo con Víctor Bravo. Por medio de la ironía se cuestionan los presupuestos de lo real, siendo la realidad, desde la óptica de Balandier, “una construcción frágil”. Por ello se necesita un escritor dotado de lucidez, vértigo, el cual nos invite a la risa, a la indignación, al humor y a la agudeza.



Jonathan Tittler explicó que la ironía es uno de los elementos constituyentes de la mejor narrativa contemporánea, pues se convierte “en un principio que confiere forma”, como es el caso de la narrativa de Moreno-Durán, donde ella se transforma en presencia fundamental.

Tittler la llamaría “ironía subjetiva intencional” de la mano de la razón y la lógica. El narrador sabe de las incongruencias de los comportamientos humanos, posee un sentido de la duda y del escepticismo, y es capaz de vislumbrar el conflicto existencial de los seres que convierte en personajes, ubicándolos de modo diestro dentro de un contexto y de una atmósfera precisa, puntual,

bien estructurada. Sin prejuicios y con alto conocimiento de la intención, el valor y la función de la ironía, el autor sabe sacar a la luz los hechos, volviéndolos visibles, porque “la ironía muestra una verdad que abarca toda la escena: actores, personajes, palabras y significados”. El ironista, argumenta Tittler, siempre concebirá un contexto lo más amplio posible y les imprimirá a sus palabras los sentidos más opuestos a la inocencia probable del lector o a cualquier posibilidad de superficialidad. Es que Moreno-Durán, al realizar sus cuentos, los hace contrariando la idea tradicional o clásica de la historia única, la búsqueda del conflicto y la tensión. Las frases contienen burlas y situaciones humorísticas que conllevan el rompimiento de conceptos mecánicos, la inversión de valores y los equívocos. A manera de ilustración, encontramos en la primera parte el texto titulado *Para una mejor interpretación del arte de la fuga*, en el cual la protagonista cuenta sus aventuras con Oriol, su esposo, coleccionista y reparador de órganos. Ella lee la *Pequeña crónica* de Anna Magdalena Bach al mismo tiempo que describe su calvario al estar casada con un hombre famoso y de tan extraño oficio. Dice ella que “tan célebre se volvió que alguna de mis amigas, bastante malpensadas como Montse y Sara Gispert, me guiñaban el ojo mientras hacían bromas a costa de la enorme experiencia en órganos que desde que se casó había adquirido mi marido”. La señora asistía a los congresos de especialistas y lentamente asumió un insoportable tedio musical que la llevó a huir de aquel mundo. Fuga que le mereció, por parte de Oriol, un comentario insidioso y vengativo: “Por mucho que tires de la cola de un gato éste maullará, pero nunca será una soprano”. El humor en Moreno-Durán tiene un toque personal y caprichoso expresado por medio de los juegos eruditos. Esto último reemplaza la tensión dramática interna. *La suerte contraria y otros cuentos* privilegia el humor y el despliegue de una erudición sistemática que ve a la cultura como